

MEDITACIÓN DE NAVIDAD

*Señor, haz posible con tu Gracia
lo que es imposible para mi Naturaleza.
(T. de Kempis)*

LA HUMANIDAD DE DIOS Y LA HUMANIDAD DEL HOMBRE

Navidad es la fiesta de Dios hecho Hombre.

Navidad es la promesa del Hombre hecho Dios.

Navidad es la esperanza de que Todos seamos Uno en el Amor.

Navidad es la ocasión que se nos ofrece, la gracia que se nos da, de comprender mejor lo que significa, para mi vida en concreto y para la vida del mundo en que vivimos, el hecho de un Dios Humano; así como la oportunidad de reavivar en nuestra conciencia la necesidad de que Él nos enseñe y nos ayude a ser también nosotros plenamente humanos como Él mismo lo es.

Si Dios se nos manifiesta Humano, no debe haber nada más grande, más codiciable, para los humanos, que ser como Dios. Sólo Él nos conduce a ser fieles a nosotros mismos.

En Jesús, nacido de María Virgen, en Belén de Judá, según nos ha transmitido la fe ingenua y piadosa de las primeras comunidades cristianas, se nos revela el carácter de Dios, un Dios Humanísimo, que se hace Hombre para que nos podamos encontrar con Él en la valoración y cultivo de todo lo auténticamente humano.

Cabe, pues, preguntarse, ¿quién es más “humano”, Dios o el Hombre? Tú, ¿qué responderías? Dios, como Creador, Origen y Meta de nuestra humanidad, lleva en sí mismo, como parte de su insondable Misterio, todo lo que en su inviolable profundidad significa ser humano. En tanto que, la humana criatura, creada creadora, camina hacia su propia humanidad, que va recibiendo de manos de Dios, en tanto se acepta, se autocomprende, criatura de su Amor, saliendo de sus manos eternas en un constante crecimiento personal. En tanto permanezco en esta vida, si dejo de crecer como persona, dejo en algún grado y medida de recibirme de Dios y de alcanzar mis verdaderas metas de felicidad y fecundidad en el mundo.

Puesto que Dios me está creando conmigo en cada momento de mi existencia, cada momento me da la posibilidad, en su insondable devenir, de ser más, de avanzar por la senda de mi íntima realización, añadiendo a mi persona un mayor desarrollo de cuanto le es propio e inalienable. Con Dios, como poseedor de mi proyecto de vida en plenitud, me voy creando a mí mismo en madurez y en equilibrio, en hermosura y en eficacia vitales. Porque Dios tiene mi proyecto de vida en plenitud, yo soy más yo, más fiel a mi propia humanidad, cuanto más soy en Dios, cuanto más soy de Dios.

En Jesús, Dios Encarnado, parece pedirnos únicamente que seamos, como Él y con Él, humanos, es decir, fieles a nuestra íntegra naturaleza que Él ha hecho suya, para que sirviendo a lo humano le sirvamos a Él, y encontrándonos con nuestra propia

humanidad, nos encontremos con Él y podamos conocerlo como Él quiere ser conocido y amarlo como Él quiere ser amado.

Toda atención a la vida humana es un acto de comunión con el Dios Humanado.

Igualmente, nada nos separa tanto de Dios, como las faltas de atención a las necesidades humanas, propias y ajenas, que se nos presentan en nuestro camino.

Que Dios quiere ser conocido como Humano, es algo evidente, desde que elige la Humanidad de Jesús de Nazaret para hacerse visible, el que en sí es Dios Invisible por su propia naturaleza. ¿No es éste el mensaje del prólogo de san Juan?

*Y aquel que es la Palabra se hizo Hombre
y vivió entre nosotros, lleno de Amor y de Verdad.
Y hemos visto su gloria,
que es la gloria propia del Hijo Único del Padre.
(...) Todos hemos recibido de sus grandes riquezas,
bendición tras bendición.
La Ley fue dada por medio de Moisés;
el Amor y la Verdad vienen por medio de Jesucristo.
Nadie ha visto jamás a Dios;
su Hijo Único, que vive en íntima comunión con el Padre,
es el que nos lo ha dado a conocer (Jn 1, 14, 16-18)*

La Humanidad que nos revela Dios en el Verbo Encarnado es, ante todo, el hecho maravilloso de que Dios, para salvar al hombre, se hace Él mismo Hombre, asumiendo así nuestra condición, haciéndose semejante a nosotros, compartiendo nuestra contingencia, nuestros sufrimientos y nuestra muerte, hasta poder decir con todo realismo y rigor: “*nada humano me es ajeno*”.

Lleva así a cabo la salvación del hombre desde dentro del hombre mismo. La Humanidad de Dios consiste en que se ha tomado tan en serio todo lo humano, que ha querido tener necesidad de nosotros, de la entera humanidad histórica, a fin de salvar al hombre a través del mismo hombre. Y ha querido mostrarnos con su figura humana que sólo el amor, el amor solidario, el amor que se encarna en las miserias del amado, el amor que ama *hasta dar la vida por sus amigos*, el amor que perdona a los enemigos, el amor, en suma, de gratuidad, realiza a la persona, mujer u hombre, en su talla, a un tiempo, humana y divina.

Es decir, desde que el Verbo se hizo Carne, **todo lo Humano es y será siempre lo más Divino en este mundo**, lo que más en estrecho contacto nos pone con Dios, con su Amor Salvador. Es por eso que nuestros cantos de Navidad, vuelven un año tras otro a sonar así en nuestros corazones.

VAMOS hacia Belén cantando alegres,
vamos hacia el Portal;
un Dios, humilde y pobre, nos espera,
rico en humanidad.

Siendo Dios se hace Hombre, porque quiere enseñarnos a amar;
y, siendo Hombre, Niño desvalido,
desnudo, en un Portal.

Todo el que a Él se acerca, de su Aliento
recibe gozo y paz,
y una fuerza que a ser fieles empuja
a nuestra humanidad.

Vamos hacia Belén cantando alegres,
donde Dios se nos da,
pidiéndonos que amemos nuestra carne,
en Él divina ya.

Al prepararnos en cada Adviento para la próxima Navidad, lo hacemos con la esperanza de aprender de Dios a ser más humanos en nuestra propia humanidad en marcha. En realidad, la salvación que nos trae el Dios hecho Hombre, no puede ser una salvación distinta ni al margen de nuestra realización humana, o, si se prefiere, del sentido de la vida que conduce a plenitud. Porque el verdadero sentido de la vida no es una fórmula, entre otras posibles, de intentar explicar la existencia humana en toda su crudeza y sombras, en todo su misterio y destino; es decir, no se encierra en un sistema de pensamiento que se esfuerza por situar cada aspecto de la vida humana en un conjunto orgánico de ideas bien hilvanadas. No; más bien, una vida con sentido, o, si se prefiere, la salvación humana, no puede ser otra cosa que una experiencia gozosa de sentirse vivo, dueño de sí y en camino hacia metas de plenitud en todos aquellos valores o significados que expresan dignidad inviolable, búsqueda apasionada, autoconocimiento y conocimiento de Dios, apertura positiva al otro en cuanto otro... Sentido de la vida, realización personal y salvación cristiana vienen a ser la misma realidad a la luz del Verbo hecho carne.

Por todo ello, lo que Dios hecho Hombre espera de nosotros (y lo espera porque previamente, con su nacimiento en carne mortal y con el don de su Espíritu Santo, nos ha facilitado los medios para conseguirlo), al acercarnos a Belén, es que lleguemos a ser más humanos en este triple sentido:

- **Humanos en la relación del hombre consigo mismo.** A veces no somos humanos con los demás porque no sabemos serlo cada uno consigo mismo. De ahí la importancia fundamental que tiene cultivar la humanidad en relación con la propia persona. Quien es humano con su propia experiencia vital, no puede dejar de serlo con otros semejantes.
- **Humanos en la relación del hombre con los demás hombres.** Porque no puedo ser persona humana fuera de la relación con los demás, aprender a mantener una sana relación me humaniza de día en día. Ningún ser aislado de los demás puede cultivar su propia humanidad porque ser humano significa ser con los otros.
- **Humanos en la relación del hombre con Dios.** Es así como Dios quiere que yo sea para con Él: humano; lo que significa, fiel a mí mismo, consciente de mi grandeza de hijo de Dios y de mis debilidades de criatura en camino hacia sí misma. Ser humano para con Dios es la mejor y más directa manera de experimentar su Humanidad (su comprensión, su ternura...) con cada uno de nosotros.

SER HUMANO CONSIGO MISMO

Aceptar que, ser humano, significa, entre otras cosas, pero de manera muy primordial, ser limitado.

El que no acepta sus propios límites vive en constante e infructuosa rebeldía contra sí mismo. No puede crecer en humanidad, porque sólo se puede hacer crecer aquello que está contenido dentro de nuestros límites. Fuera de nuestros límites no somos. Todo esfuerzo que no parta de la aceptación de los propios límites es infructuoso y contradictorio.

Reconocer que dentro de mis propios límites poseo valores y dones a cultivar, como parte imprescindible del sentido de mi vida.

Creado creador, según la Imagen que ha sido en mí grabada, como origen y meta de mi existencia, estoy llamado a crearme a mí mismo (o, si se prefiere, a *terminarme* de crear) en diálogo con el proyecto que sobre mí tiene el Creador Increado.

Imposible encontrar sentido a la vida humana si perdemos de vista que todos estamos llamados a *ser* más y a *valer* más mediante el cultivo o desarrollo adecuado de las buenas cualidades que nos asisten, como dones de Naturaleza y Gracia.

Ser inconformista consigo mismo, en el sentido de querer dar lo mejor de sí, y saber que siempre cabe mejorar nuestra relación y servicio al prójimo, sean cuales sean nuestras circunstancias personales.

Amarme a mí mismo como Criatura de Dios, Miembro de Cristo y Templo del Espíritu Santo, destinado al gozo eterno de Dios con toda la Creación.

Quien ama a la criatura, en el mismo acto y sin necesidad de ningún otro aditamento o mediación, está amando ya al Creador.

Amarme a mí mismo como miembro de Cristo, es buscar en Él y con Él la razón y la fuerza para vivir, amar y luchar en las circunstancias concretas que me ha tocado encarnar. Esta referencia y amistad con Cristo, me permitirá enfrentarme a las dificultades de mi historia personal con buen ánimo y esperanza en la victoria.

También, el que se ama en Cristo, encuentra su misión y su puesto en los trabajos por el Reino, dentro de tareas que miran al bien común.

Amarme como templo del Espíritu Santo, será buscar en el propio contexto de mi existencia temporal, la llamada a la intimidad y al gozo de su Amor. ¿Cómo no temblar de temor y entusiasmo al saber que Dios quiere vivir en intimidad conmigo?

Al amarme a mí mismo amo al Dulce Huésped del alma, que ha puesto en el corazón del hombre y la mujer su lugar preferente.

SER HUMANO CON LOS DEMÁS

Reconocer, de entrada, que el ser humano es un ser relacional, que sólo se realiza en la comunicación e intercambio con los otros.

Por tanto, evitar el aislamiento, altamente nocivo, buscando formas de relación en las que se viva el diálogo y la tarea común.

Soy más humano cuanto más y mejor me comunico con los demás, con el mundo entero. En el corazón humano cabe el universo. El corazón humano está hecho para la admiración de todo lo bueno que encuentra en los demás, para poner en comunión todo lo bueno que hay en sí mismo.

Relacionarse es vivir y crecer. Aislarse es condenarse a la entropía.

Aceptar sin traumas que cada “otro” es un “diferente” a mí en algo o en mucho, y jamás debemos pretender eliminar las diferencias.

El pluralismo de formas, ideas, creencias, métodos, temperamentos, etc., es siempre una llamada al enriquecimiento mutuo. Cada *otro*, es una especie de sacramento del *Otro Absoluto*.

Saber descubrir y valorar lo bueno de los otros, de todos y de cada uno, alegrándonos por ello. Afirmación del otro como sacramento de la abundancia multiforme e inagotable de los dones divinos.

Saber que cada criatura así como cada grupo humano (etnia, religión, civilización, etc.), en sus circunstancias concretas y reales, tiene algo de Dios que compartir conmigo para enriquecer mi (nuestra) vida.

Las diferencias son con mayor frecuencia riqueza que amenaza o división.

Ser realista para asumir que siempre habrá aspectos del “otro” que me (nos) harán daño en algún sentido, aceptando esta realidad como llamada a la paciencia dialogante de unos con otros, sin condenas ni rupturas precipitadas que harían daño en ambos sentidos.

Ser humano con los demás nos exigirá, muchas veces, caer en la cuenta de que nos hacemos daño (aunque no queramos hacérselo), como fruto de nuestra debilidad o ignorancia (que no siempre sabe o puede reconocer la verdad o la necesidad del otro), siempre que acudimos a medios drásticos de juicio y enfrentamiento.

La higuera estéril no es cortada, sino más cuidada. La cizaña entre el trigo no es arrancada, sino respetada hasta el Juicio del Señor.

Los conflictos de unos con otros, vienen normalmente, para que corriamos algo en nosotros y aprendamos algo de los otros.

Los conflictos en las relaciones humanas suelen ser inevitables, lo cual no significa que no sean para bien. Depende de que se enfoquen, o no, buscando el bien de todos y no la victoria de unos sobre otros.

Todo intento de imposición convierte el conflicto en violencia.

Poner siempre el “nosotros” como anterior al “yo” y factor autenticador del mismo. No negar nunca en la práctica la necesidad del otro.

Nos necesitamos todos, aunque no todos de la misma manera o en el mismo grado. Negar la necesidad del otro es negarse uno a sí mismo. El *nosotros* no es el resultado de la suma de los distintos *yo*, sino que más bien el *yo* existe y se autentifica (se hace más él mismo) por la participación gustosa y generosa en el *nosotros*.

No hay “yo” sin “nosotros”. Se pierde a sí mismo el que no se busca en un “nosotros” de comunión y apoyo mutuo.

Partir siempre del *bien común*, a fin de poder reconocer y alcanzar el *bien particular* de cada uno que se encuentra en aquel.

Para ser humano con los demás, he de rechazar con toda energía toda posibilidad de resentimiento, revanchismo o deseo de venganza, lo mismo que las actitudes de competitividad y de protagonismo social.

Difícilmente llegará a ser humano quien no aprenda a perdonar de todo corazón, sabiendo en primer lugar pedir perdón al otro y perdonarse uno a sí mismo. Los resentimientos enervan el espíritu que los alberga hasta privarlo de toda libertad y creatividad. Nadie es más estéril que el ser resentido.

Humano con los demás soy -me hago- en el dar y el recibir. Sin empeñarme en dar cuando no se me pide. Sin amargarme cuando no recibo lo que espero de los demás. Sin olvidar que necesito a todos los humanos para ser yo mismo humano.

SER HUMANO PARA CON DIOS

Aceptar la propia condición humana (debilidades, contradicciones, muerte...), como conciencia de la necesidad de Dios.

Debe estar muy claro que, ser humano para con Dios, consiste ante todo en aceptar la propia condición humana, llena de impotencias, sordideces, absurdos, contradicciones..., y ponerla ante Él; mejor, ponerla en su manos, con la confianza y el abandono de quienes sabemos que Él nos conoce mejor que nosotros mismos y quiere para nosotros el bien que nosotros no nos podemos procurar.

Dios, con toda seguridad, es menos duro al juzgarte que tú mismo.

Dios se ha hecho Hombre para tener necesidad de mí.

Yo soy más hombre cuanto mayor necesidad de Dios siento.

Sobre todo, para un seguidor de Jesús de Nazaret, debe estar muy claro que la humildad es el camino que mejor expresa mi conciencia de ser humano ante Dios y con Dios. *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso* (dice Jesús de Nazaret).

La plena aceptación de la condición humana nos hace humildes descansando en el amor del Padre.

Vivir el gozo incomparable y la inalienable responsabilidad de saber que la Gloria de Dios es el Hombre Vivo.

Doy gloria a Dios no echando a perder mi vida mediante objetivos y valores falsos que me esclavizan y afean su Imagen en mí. Las falsas concepciones de la vida (ambición, orgullo, violencia, hedonismo...), contienen en sí una especie de desprecio al Dios de la Vida.

¡Gozo incomparable el de encontrarme con Dios en mi persona, porque he sabido cultivar en mi existencia los verdaderos valores humanos!

¡Inalienable responsabilidad también la de saber que la gloria del Eterno está en buena medida en mis propias manos, porque Él ha querido identificarla con mi propia realización personal! Dios quiere *decirse* a través de mí, en cuanto que criatura que refleja su Luz y su Bondad en el universo.

Aprender seriamente a vivir -asignatura nunca concluida- es dar gloria a Dios mediante el propio progreso conseguido.

Saber que no se puede creer en el Dios de Jesús sin creer en el mismo acto de fe en la Persona Humana.

Recordar que nuestra fe en un Dios hecho Hombre nos empuja a buscarlo, amarlo y servirlo en toda realidad humana, especialmente en las debilidades y miserias mías y de mis hermanos.

Creer en la persona humana es creer que está dotada de una suprema dignidad, incomparablemente mayor que todas las riquezas de este mundo juntas, que todos los sistemas de pensamiento, que todos los valores de la sociedad, de la cultura y aún de la misma religión.

Ser humano para con Dios, que es el más Humano de los humanos, me recuerda que nada en este mundo tiene valor o significación alguna si no está orientado al mayor bien posible de la persona real y concreta.

En suma: ser humano para con Dios consistirá en creer en el valor divino de todo lo humano

Si no soy humano, no podré ser divino (como Dios mismo, que ya no puede ser lo uno sin lo otro).

Si no encuentro a Dios en mi propia humanidad, no lo encontraré en ninguna otra parte.

Ser discípulo de Jesús es ser Humano como Jesús: para Él nada valía ni vale más que una persona cualquiera. Lo que nos manifiesta como sus discípulos es que situamos a la persona humana por encima de todos los demás valores de este mundo.

El Evangelio es Escuela y Campo de cultivo de verdadera humanidad. Te enseña a ser humano con los demás a fin de llegar a serlo más y más en ti mismo.

Creer en Dios como el más Humano de todos los humanos, me conducirá a tener con Él un trato amistoso, familiar, lleno de confianza y estímulo, gozoso y descansante.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Si reconozco por la fe al Dios Humano que se ha manifestado en la persona de Jesús de Nazaret, ya no buscaré fuera de Él el sentido y el valor de la mejor humanidad posible.

La Humanidad de Dios es la garantía de una auténtica Humanidad del Hombre.

Él me conducirá en su seguimiento a ser humano a tope. Él me enseñará, con las pautas de su fiel Humanidad, a ser fiel a mí mismo, a fin de poder encontrarme con lo Divino en mi profundidad (originalidad personal, talante individual, gracias personales, misión encomendada...) humana.

Quien no encuentra a Dios en el tejido de su existencia humana temporal, todavía no se ha abierto a la revelación del Dios de Jesús.

*Antonio López Baeza
Navidad de 2009*